



1080027121



JOSÉ MARÍA DE JESÚS PORTUGAL, por la Gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Sinaloa.

Al Venerable Clero y fieles de la Diócesi, salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo y con la protección de la Inmaculada y Santísima Virgen María.

VENERABLES HERMANOS Y MUY AMADOS HIJOS:

Aunque Nos, somos el último de los Obispos Mexicanos por las muchas culpas que hemos cometido contra el Señor, no queremos serlo también por falta de amor á la Santísima Virgen María de Guadalupe; y por lo mismo hoy que se ha avivado el amor de los mexicanos á su Insigne y Nacional Patrona con motivo del nuevo y bellissimo Oficio concedido por la Santa Sede para la fiesta de la misma Santísima Señora, os dirigimos la presente Pastoral para deciros: Después de Dios amad con todo vuestro afecto á la Santísima Virgen de Guadalupe; procurad obsequiarla como lo hacen los buenos hijos con su madre, y poned vuestra confianza en María de Guadalupe.

I.

Grandes son los motivos que tenemos para amar á la Santísima Virgen María Nuestra Señora, y tales motivos nos descubren, por decirlo así, nuevos y brillantes esplen-

004102



Biblioteca de la Capilla de Sinaloa

132874
-p07
04

dores en su misma grandeza, y una fuerza más vigorosa al referirnos á esa misma Santísima Señora como aparecida en nuestro suelo. Pensemos un instante en Ella para convencernos de lo que acabamos de decir.

Al pensar en María, se nos presenta desde luego, su imagen hermosísima y sagrada, vestida de luz, cubierta de gloria, llena de pureza, con una majestad que nos sorprende; llena de clemencia y de ternura, y derramando de su seno, que es fuente inagotable de bondad, gracias y favores sobre el mundo.

La pureza de María. ¿De dónde á esa Niña el cándido ropaje que la cubre, esa luz tan viva y tan hermosa que penetra en todas las profundidades de su Ser? Dios la amó desde la misma eternidad; fué su predilecta entre todas las criaturas; y ¿por qué quiso Dios hacerlo así? Oíd la razón: ¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios; cuán incomprensibles son sus juicios, cuán investigables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido los designios del Señor, ó quién fué su consejero? O ¿quién es el que le dió á El primero alguna cosa para que pretenda ser por ello recompensado? Todas las cosas son de El, y todas son por El, y todas existen en El: á El sea la gloria por siempre jamás. Amén (1).

Ni dió María, ni pudo dar alguna cosa al Eterno y soberano Dios que quiso prevenirla con su amor; y ¿qué amor! Dios, allá en su eternidad, no quiso verla ni la vió, entre la muchedumbre de los hijos de Adán que se habían manchado con la culpa; la vió sí unida con misterioso y sacrosanto lazo, al futuro Redentor de los hombres, Jesucristo, que es el Verbo del Padre y su esplendor divino; y vió el Padre que su Hijo Unigénito la vestía de luz, la cubría con sus méritos, y la preservaba de todo pecado. Por esto cuando la Niña preciosa de que hablamos, vino á la existencia, pudo decir estas palabras: Yo salí de la boca del Altísimo, engendrada primero que existiese ninguna criatura (2). Mas ¿cómo es esto, cuando sabemos que Ma-

(1). Rom. XI, 33-36.
(2). Ecci. XXIV, 5.

ría apareció en el mundo después que multitud de generaciones habían recorrido el camino de la vida? Ella fué la primera en el amor de Dios, y primera fué también, en la hermosura, en la santidad y en la pureza.

Pone la Iglesia Nuestra Madre en los labios de María estas otras palabras de los Libros Santos: Todavía no existían los abismos y Yo estaba ya concebida (1); y ¿cómo? como un pensamiento de luz, cual un sentimiento de amor. De esta suerte Dios iluminó la vida y la incorrupción, aplicando á nuestro asunto esas bellísimas palabras de S. Pablo (2); porque María no fué hija de muerte sino de vida, germen no de ira sino de gracia. Non mortis sed vitæ filiam, non iræ sed gratiæ germen (3).

La majestad de María. Sólo Dios es grande. Bien conocidas son estas palabras; mas ahora no contemplamos terrenas grandezas que son vanidad y mentira; contemplamos sí la adorable grandeza del Eterno que se acerca á la más amada de todas sus criaturas á fin de derramar en Ella todos sus tesoros que son verdad y gracia, misericordia y justicia, celestial pureza y santidad perfecta.

Se acerca el Señor á la más amada de todas sus criaturas; no sólo esto, sino también se une con Ella íntimamente, con sagrado y misterioso vínculo de un amor eterno. Así María se nos presenta con una majestad soberana y con una grandeza sólo inferior á la grandeza infinita del Eterno. Hija predilecta del divino Padre, verdadera Madre del Hijo de Dios, y Esposa preferida del Espíritu Santo, Reina de los cielos y la tierra, de los ángeles y de los hombres.

Ternura y clemencia de María. El buen Dios que había preferido sobre todas las criaturas á la Virgen Santísima, y que se había dignado enriquecerla con todos los tesoros de la más perfecta pureza, que la había engrandecido con una majestad soberana, por cierto no tendría que negarle un corazón dulcísimo y lleno de bondad; y en efecto,

(1). Prov. VIII, 24.
(2). II, Tim. I, 10
(3). Ineffabilis.

no se lo negó. La ternura y la clemencia se derramaron sin medida en el seno de María; aun más hay en esto, mis amados hijos, esa clemencia, esa ternura de que hablamos, no eran cualidades exteriores que venían á adornar y embellecer á nuestra Reina querida, sino que formaban, por decirlo así, todo el ser de su Corazón Inmaculado, de tal manera que María no sólo está llena de clemencia y de ternura, sino que es Ella misma la ternura, la misma clemencia. He aquí por qué su esposo le dice en los Cantares: Eres hermosa, amada mía, suave y bella como Jerusalen (1). La Iglesia nuestra Madre quiere que la invoquemos con estas palabras: Vida, dulzura y esperanza nuestra. S. Leon el Grande la llamó la misma misericordia. Así era conveniente que fuese, atendida la perfección en que el Señor la crió y los grandes cargos de la Maternidad divina para cuyo desempeño le eran indispensables tesoros inmensos de clemencia y de ternura. En efecto, para que ambas virtudes llenen cumplidamente su cometido, tienen que cubrir y envolver entre sus ondas de paz y de consuelo, el objeto de su amor; y sus caricias para con él tendrán que ser tan delicadas y tan santas, cual corresponda á la delicadeza y á la santidad de aquel objeto amado. Ahora bien: en tales circunstancias María, atendida su absoluta perfección, no tendrá que pedir para el desempeño de su gran ministerio de Madre de Dios, un auxilio extraño, ni dirá á la clemencia: Veni á socorrerme; ni á la ternura: Hoy te necesito; porque esa Virgen santa, es la clemencia, es la misma ternura; y su Corazón, riquísimo en bondad, derrama sin ningún esfuerzo, la suavidad de sus afectos en todos los actos de aquél su santo ministerio, cerca de Jesús.

María no nació para Sí misma, nació para Dios, y nació para el bien de los hombres. Acordémonos, mis amados hijos, de aquella fuente sellada, de aquella fuente de los huertos, del pozo de aguas vivas que bajan con ímpetu del monte Líbano, de que se nos habla en los Cantares (2), y

(1). VI, 3.

(2). IV, 12, 15

podremos conocer de dónde vienen la ternura y la clemencia de María: nació para Dios, nació para los hombres. Es fuente sellada porque su ternura para con Jesús no puede comunicarse á alguna criatura; es manantial de agua viva que descende del Líbano, porque sus gracias y misericordias son para nosotros dones purísimos que bajan de los cielos.

Contemplemos más de cerca la ternura de María para con Jesucristo y su clemencia para con nosotros, á fin de admirar más y más esas inestimables riquezas que atesora el Corazón de la Sagrada Virgen.

Allá en Belén, después del nacimiento de Jesús, María sólo cuida del divino Niño; mas esto lo hace con una delicadeza incomparable; es toda suavidad para Jesús; si un instante siquiera le contempla, queda fuera de Sí misma; si le duerme en sus brazos, si le cubre de caricias, el Corazón de la divina Madre desfallece de amor.

Cuando María tiene que huir al Egipto, su ternura para con Jesús toma un carácter particular: su Niño está en peligro; cuántas precauciones hay que tomar! Es indispensable una vigilancia continua y una solicitud que no llegue á cansarse; y en medio de todo esto, las efusiones del amor más tierno y generoso, las lágrimas purísimas y ardientes que al desprenderse de los ojos de María caen sobre el rostro del Niño.

La ternura de María tomó en Egipto un tinte de sombra tristeza, tanto por la suma escasez en que se hallaba la santa Familia, faltándole algunas veces aun lo indispensable para la vida, como por la ausencia de la patria; mas al volver á Nazaret pudo María desahogar su Corazón, atendiendo en todo á su divino Hijo con más comodidades. Esta dulce paz, este dulce y santísimo consuelo que María disfrutaba en las expansiones de su maternal cariño, tenía que cambiarse durante tres días, en amarguísima pena, lo cual tuvo lugar cuando al volver de Jerusalen á donde habían llevado al Niño Jesús, El quedó en la santa ciudad sin conocerlo sus padres; éstos le buscan con indecible dolor, y al hallarle, María le habla en estos tér-

minos: Hijo; por qué lo has hecho así con nosotros. Mira que tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando (1). Expresión del amor más noble y generoso, suavísima queja, que llena de humildad, presenta sus méritos, por decirlo así, delante de Jesús; palabra, en fin, con que una madre arroja todos sus dolores en el corazón de su hijo pidiéndole consuelo.

La ternura de la santa Virgen la obliga á acompañar á todas partes á Jesús en los tres años de su vida pública; y quiere también esa ternura, que María presencie las sangrientas escenas del Calvario; y María ve morir á su santísimo Hijo entre inmensos dolores; llena de firmeza, porque su ternura no la debilita, sino al contrario, le presta una fortaleza incontrastable.

Por lo que hemos dicho comprenderéis fácilmente, mis amados hijos, que la ternura hacía desaparecer casi enteramente, la personalidad de la sagrada Virgen. No era de Sí misma sino de Jesús, ni vivía en su propio Corazón, sino en el Corazón de su querido Hijo.

Pensemos, ahora, siquiera un instante, en la clemencia y ternura de María para con nosotros. Nadie sino Ella ha contado nuestras lágrimas y los suspiros que ha exhalado nuestro pecho; y Ella solamente es quien conoce cuánto es el peso de todas nuestras penas; y siendo nosotros sus hijos adoptivos y ella la misma ternura y clemencia, la compasión que le inspiramos no tiene límites ningunos, y con toda verdad podemos decir que no vive para Sí misma sino para nosotros, para hacernos bien. Estamos enteramente convencidos de lo que acabamos de decir, y por esto con toda confianza la llamamos: Consoladora de los afligidos, Auxilio de los cristianos, Refugio de los pecadores, esperanza aún de los mismos desesperados, y todo nuestro bien después de Dios. ¡Oh y cuánta es la ternura que sentimos para con María al pensar en esto! La bendecimos y la amamos, y le pedimos que siempre nos tenga bajo la sombra de su santo patrocinio.

(1). Luc. II, 48.

II.

Procurad obsequiar á la Purísima Virgen María como los buenos hijos lo hacen con su madre. Poned en María vuestra confianza. Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí (1). De esta suerte se quejaba el Señor en otro tiempo, del pueblo de Israel; que no se queje así de nosotros la Santísima Virgen María; honrémosla, mas no sólo con los labios sino también con el corazón. Oigamos lo que decía en otro tiempo el Señor acerca del culto que le tributaban los judíos: ¿De qué me sirve la muchadumbre de vuestras víctimas? Ya me tienen fastidiado. Yo no gusto de los holocaustos de carneros, ni de la sangre de los becerros, de los corderos y de los machos de cabrío..... En vuestras asambleas reina la iniquidad. Me son odiosas vuestras calendas y solemnidades; y cuando levantáreis las manos hacia Mí; yo apartaré mi vista de vosotros; y cuantas más oraciones hicieris, tanto menos os escucharé, porque vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, purificaos, apartad de mis ojos la malignidad de vuestros pensamientos, cesad de obrar mal, aprended á hacer bien, buscad lo que es justo, socorred al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad á la viuda, y entonces venid y argüidme, dice el Señor: aunque vuestros pecados os hayan teñido como la grana, vuestras almas quedarán blancas como la nieve; y aunque estuviesen teñidas de encarnado como el bermellón, se volverán como la lana más blanca (2). He allí las condiciones del verdadero culto con que debemos honrar á Dios Nuestro Señor y á su divina Madre. Debe ser sincero y debe proceder de un corazón que se humille delante del Señor y que procure encaminar sus afectos por las sendas de la santidad y la justicia.

Oigamos también la doctrina del apóstol San Juan, sobre el particular: La nueva que oímos del mismo Jesucris-

(1). Isa. XXIX, 13.

(2). Isa. I, 11—18.

to y que os anunciamos, es: Que Dios es luz y que en El no hay tinieblas ningunas. Si dijéremos que tenemos unión con El y andamos entre las tinieblas del pecado, mentimos y no tratamos verdad; pero si caminamos á la luz de la fe y de la santidad, como El está en la luz, tenemos nosotros una mútua unión, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos purifica de todo pecado. Si dijéremos que no tenemos pecado nos engañamos á nosotros mismos y no hay verdad en nosotros. Si confesamos humildemente nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonárnoslos y lavarnos de toda iniquidad (1).

La sinceridad y la humildad, y la confianza en Dios Nuestro Señor harán muy agradables á su Divina Majestad todos los obsequios con que tratemos de honrarlo. Lo mismo sucede, mis amados hijos, como vosotros lo comprendéis, respecto de María. Al vernos esta Madre divina postrados á sus pies, al vernos llenos de confusión y de vergüenza por todas nuestras culpas, y que sin embargo tenemos sobrado aliento para bendecirla y alabarla, y una confianza muy grande en su santo patrocinio, sin duda aceptará con agrado todos nuestros obsequios, porque Ella es amable y benigna sobre toda expresión.

Acabamos de hablar de nuestra confianza en el santo patrocinio de María. Grandes son los motivos que tenemos para confiar en la divina Madre. Llevó en su seno immaculado y santo, la misericordia infinita del Señor, y tal misericordia embalsamó las entrañas de la santa Madre de toda suavidad y dulzura, de toda piedad y clemencia; es nuestra Madre y sin descanso se ocupa en hacernos bien. Es entre todas las criaturas la que ha imitado más perfectamente la bondad divina, el amor de Dios hacia los hombres. Dios se complace en hacerles bien, y por su nimia caridad para con ellos envió á su Hijo, hecho de mujer, y sujeto á la ley para redimir á los que estaban debajo de la ley y á fin de que recibiésemos la adopción de hijos (2). María, pues, siguiendo las huellas luminosas de la bondad de Dios, camina por las sendas del amor; nos ama con una

(1). I, I, 5-9.

caridad noble y generosa, paciente y sufrida, invencible y constante, y su Corazón nunca deja de amarnos.

Después de Jesucristo, nuestro principal abogado para con el Padre, tenemos que poner toda nuestra confianza en la sagrada Madre. La Iglesia la llama nuestra esperanza y abogada de los desgraciados, y San Agustín, única esperanza de los pecadores, y San Bernardo, escala de los pecadores y única razón de su esperanza.

María todo lo puede con Dios Nuestro Señor; sus ruegos son omnipotentes; por esto nos dice San Bernardo que entre las peligrosas tempestades de este mundo no apartemos los ojos de la luz consoladora de esa estrella, María, que brilla en lo más alto de los cielos; que si se desencadenan para perdernos los vientos de las tentaciones, invoquemos á María. Que entre las olas de la soberbia, de la ambición, de la detracción y emulación, llamemos á María. Que si la ira, ó la avaricia, ó las tentaciones de la carne, se nos acercan, pongamos nuestros ojos en María. Que si la gravedad de nuestras culpas, los remordimientos de la conciencia ó el temor de los juicios de Dios, nos orillan al abismo de la desesperación, pensemos en María. Que pensemos en Ella y la invoquemos en los peligros, en las angustias, en las dudas; que endulcemos nuestros labios con su santo Nombre; que jamás se aleje de nuestro corazón el amor de la divina Madre; que siguiéndola no llegaremos á extraviarnos; que rogándole no caeremos en la desesperación; que pensando en Ella no nos perderemos, que si nos tiene de la mano no llegaremos á caer, que no temeremos si Ella nos protege; ni nos fatigaremos en el camino de la vida, si va con nosotros, y siéndonos Ella propicia llegaremos al cielo (1).

III.

Cuanto hemos dicho hasta aquí en los párrafos anteriores, refirámoslo á la misma Virgen Santísima en su maravillosa aparición de Guadalupe, y veremos cómo la pureza

(1). Hom. 2. Super Missus.